

LA CIUDAD NEGRA®

©Antonio BLÁZQUEZ-MADRID

E' mail: ablazquezmadrid@gmail.com

CAPÍTULO 1

Unos meses atrás no se hubiera podido imaginar que se iba a encontrar en esa encrucijada de desconocidos caminos y de nuevas situaciones que él en ningún momento había buscado, pero que ahora se presentaban como una parte importante de su propia vida y de la obra que estaba escribiendo, obra que había cambiado, por la fuerza de los hechos que se habían producido durante ese corto espacio de tiempo, no solo de protagonistas sino que también era otra la trama y otro también el argumento. Él, Leopoldo Casperano, escritor de éxito y de reconocido prestigio, se había trasladado a vivir durante un tiempo al Complejo Residencial Diocesano, junto al Palacio Episcopal, para así poder investigar sobre un personaje histórico que vivió entre los siglos XV y XVI, en el que había pensado como uno de los principales protagonistas para su nueva novela, y, sin embargo, después de unos meses prácticamente sin salir de aquel lugar, se encontraba inmerso en algo que más se parecía a una investigación policial que a una toma de datos para completar el personaje principal de su obra. Pero no era eso lo que más le preocupaba de la nueva situación en la que se encontraba envuelto, pues, como buen escritor, bien sabía que el argumento de cualquier historia a veces cambia por la aparición inesperada (producto de la novelera y voluble imaginación que tienen los autores) de un nuevo personaje que adquiere una fuerza imprevista, y que

lleva al escritor a cambiar la idea inicial. Lo que de verdad le tenía preocupado, o mejor dicho, lo que le hacía estar unas veces intranquilo y otras veces desconcertado y sin saber cómo reaccionar ante determinados hechos, era el cambio que había experimentado él mismo en su manera de ser y de pensar: si antes había sido un hombre que se consideraba libre en cuanto a amores se refiere, ahora tenía una parte de su alma con claros síntomas de enamoramiento enfermizo; si siempre consideró que nada debía interferir en sus opiniones y en su trabajo como escritor, sin embargo, en esos momentos, incluso estaba dispuesto a renunciar a la obra que tenía entre manos, si con ello conseguía atraer hacia sí a la mujer que lo había enamorado.

En esa situación de transición personal y profesional se encontraba Leopoldo Casperano, cuando apenas habían transcurrido cuatro meses desde que entró a vivir en el Complejo Residencial Diocesano. Pero lo que él aún no sabía, era que el destino tenía marcado su propio y particular camino.

CAPÍTULO 2

El lugar donde se encontraba el Palacio Episcopal era conocido popularmente por el nombre de *la Ciudad Negra*. Este palacio formaba parte de un gran complejo residencial que los responsables eclesiásticos de la Iglesia habían ido construyendo y ampliando con el paso de los años, y que ocupaba, incluidos los jardines y el llamado bosquecillo, más de 80 hectáreas en una de las zonas más prósperas y ricas de la ciudad. Estaba situado en un sitio privilegiado, ocupando una parte de lo que antiguamente se conocía como *el Bosque del Norte*: una gran extensión de pinares que, durante épocas anteriores, se encontraba a las afueras de la ciudad, pero que con el fuerte crecimiento urbanístico del siglo XX pronto se vio rodeado de grandes mansiones e importantes edificios residenciales. En aquel mismo lugar había existido, entre los siglos IX y XVI, uno de los monasterios de mayor importancia religiosa y científica. Sin embargo, pocos de los escritos y documentos que de allí salieron se habían conservado, y los que existían se encontraban muy dispersos y de difícil localización, guardados en los archivos de algunos de los museos de ciencia menos accesibles de mundo; no obstante, las diversas teorías científico/religiosas que habían nacido bajo aquellos muros, y que se habían ido transmitiendo de viva voz, aún eran consideradas como válidas, y muy apreciadas y defendidas por los sectores más conservadores de la Iglesia.

Del antiguo monasterio no quedaba nada visible en el actual complejo residencial, al que, como queda dicho, el imaginario popular había bautizado como *la Ciudad Negra*.

Según se contaba en antiguos libros de historia, primero fue un gran incendio el que acabó con el monasterio primitivo, que devastó de tal modo sus instalaciones que los monjes que allí habitaban tuvieron que marcharse a otros lugares. Pasado un tiempo se volvió a reconstruir, pero otros desastres naturales destruyeron las nuevas edificaciones y acabaron con el esplendor científico y religioso que allí se había ido forjando durante siglos. Todo esto, unido a las guerras, los pillajes y los robos de la cantería, terminaron por derruir y hacer desaparecer los últimos muros que habían quedado en pie. Lo único que permaneció del antiguo monasterio fueron las galerías subterráneas. Una parte de esas galerías o sótanos les habían servido a los monjes como lugar para sus experimentos y estudios científicos, y allí guardaron los libros y legajos en los que habían ido dejando constancia escrita de sus teorías y descubrimientos; y la otra parte, la habían utilizado como catacumbas funerarias, al modo de los antiguos cristianos, y entre sus paredes habían sido enterrados los restos de los monjes que pertenecían a la Orden del Monasterio, y los de algunos otros aldeanos y mendigos que habían terminado su camino entre aquellas paredes monásticas, no siempre por voluntad propia, según contaban las leyendas populares que aún se oían.

Desaparecido el monasterio, durante muchos años todo aquel paraje pasó a ser considerado como propiedad comunal. Fue un nuevo obispo, llegado a la diócesis a finales del siglo XVIII, el que, cautivado por aquel magnífico entorno, reclamó y consiguió de los tribunales de justicia la titularidad de aquellos

terrenos, terrenos que durante muchas décadas habían sido utilizados por el populacho (como él gustaba de llamar a las gentes del lugar) para su beneficio y sus diversiones festivas. Una vez recuperada la propiedad, ordenó construir sobre los cimientos del antiguo monasterio un palacete para su residencia privada, manteniendo las estructuras de los antiguos sótanos. Ese palacio, terminado de hacer con maderas nobles importadas de varios continentes y con mármoles sobre los suelos y recubriendo las columnatas, es el que ahora era utilizado como sede oficial del arzobispado.

En los años posteriores se fueron levantando alrededor del Palacio Episcopal diversas edificaciones para uso eclesiástico y para el alojamiento de miembros pertenecientes a la Iglesia o invitados especiales y cercanos al propio arzobispado. El conjunto residencial lo componían, además del palacio y de la iglesia anexa a sus muros, un moderno edificio de apartamentos, que ocupaban temporalmente los que estaban realizando algún estudio para la diócesis, o aquellos otros que llegaban de paso y tenían la influencia suficiente para hacer uso de aquellas confortables instalaciones. En la planta baja estaba el comedor general y una pequeña cafetería, junto a la cocina. También se habían construido dos grandes viviendas singulares que servían de residencia oficial para los visitantes ilustres, y que sólo ocupaban los que eran invitados personalmente por Monseñor. Próximo a los apartamentos existía otro edificio de cuatro plantas, donde estaban las instalaciones llamadas técnicas: oficinas, centro informático, y la gran biblioteca junto al antiguo e importante Archivo Histórico perteneciente a la archidiócesis. En los sótanos de ese edificio se encontraba la lavandería y diversas salas que daban servicio al conjunto. Todo

el complejo residencial diocesano, incluidos sus jardines y el bosquecillo de pinares, estaba rodeado por un alto muro, para evitar la entrada de extraños.

Y en ese entorno es donde quería estar el escritor Leopoldo Casperano para escribir su próxima novela; novela cuyo eje principal giraba alrededor de la figura de un monje llamado Fray Justiniano, que había habitado en el antiguo monasterio allá por los siglos XV o XVI, considerado en su época como un gran astrónomo y uno de los más importantes investigadores de la anatomía humana, aunque sobre él recaía, también, una terrible leyenda negra.

Era esa leyenda el núcleo central de la historia que quería contar Leopoldo Casperano, que pretendía sacar a la luz la verdad ocultada por la Iglesia durante siglos, y para eso el escritor deseaba respirar el mismo aire que respiró aquel monje. Su mayor interés se centraba en indagar entre los documentos que, según sus averiguaciones previas, deberían de existir en el importante archivo histórico que allí había, y que, al parecer, según se comentaba en determinados círculos, los tenían ocultos y sin que nunca se hubiera permitido a nadie que investigara sobre lo que en ellos había escrito. Era consciente de las dificultades que iba a encontrar para que le dejaran residir en alguno de los edificios cercanos al Palacio Episcopal durante los meses que durara la escritura de la novela; y más aún sabiendo que no era santo de devoción de Monseñor, pues más de una vez había escrito en diversos medios de comunicación contra la doble moral de la Iglesia, y en especial contra algunas opiniones y conductas de los máximos jefes de la diócesis, muy personalizadas en el propio Arzobispo, al que en algún momento llegó a acusarle de importantes y oscuros pasajes de su vida.

Por eso, pensó que tenía que tejer una historia que, aunque no fuera cierta, le sirviera para convencer al Secretario personal de Monseñor, para que autorizara su estancia dentro de aquel complejo residencial durante los meses necesarios para llevar a cabo la investigación y averiguar lo que buscaba. Eso era lo que de verdad lo llevaba hasta allí, en el centro mismo del poder eclesial de la zona. La novela siempre la podría terminar en cualquier otro de los lugares en los que habitualmente se refugiaba para escribir, pero los documentos que pensaba utilizar como base de su obra solo podía localizarlos entre aquellos muros, buscando entre los legajos antiguos que suponía que habría en aquel histórico archivo.

Conocedor de que Fray Justiniano era un importante símbolo para los sectores más conservadores de la Iglesia, y que la leyenda negra que se había creado alrededor de su figura era algo que les gustaría que desapareciera para siempre, pensó que, aunque sus secretas intenciones fueran otras, el mejor argumento que podría utilizar para convencerles, sería el de que en su novela iba a ensalzar la figura del fraile para darle la categoría histórica y científica que se merecía.

Con este planteamiento, bien pensado y preparado, fue con el que se presentó una tarde de invierno ante el Secretario de Monseñor. En un primer momento, y dada su trayectoria como escritor nada favorable a la Iglesia y a sus instituciones, el Secretario le invitó a abandonar el lugar sin más; pero no se dio por vencido por ese primer intento fallido, entre otras cosas, porque ya suponía que iba a ser así.

Insistió una segunda y hasta una tercera y cuarta vez, hasta que consiguió que en la secretaría le dejaran exponer, ampliamente, el teórico argumento de

su libro: les dijo que pretendía escribir una novela histórica, basada en la vida santa y los trabajos de investigación astrofísica de Fray Justiniano. Toda esta explicación, contada con mucho énfasis por Leopoldo Casperano, que intentó darle la mayor credibilidad posible, comenzó a calar en el ánimo de sus interlocutores, que poco a poco se iban dejando convencer, y en especial el Secretario de Monseñor, gran admirador de la obra del fraile, al que sin duda ninguna le gustaría verle libre de aquella terrible leyenda negra que se venía contando de él durante siglos.

Si algo tenía Casperano a su favor para persuadir a Monseñor y su entorno, eso era que nadie dudaría de los argumentos que pusiera en la novela a favor de Fray Justiniano, pues de todo el mundo era conocido su enfrentamiento, como escritor agnóstico, con las doctrinas y prácticas de la Iglesia. En eso confiaba para conseguir la autorización, y esa confianza pronto se vio recompensada. Unos días después fue llamado por el ayudante del secretario del arzobispo, para arreglar los papeles para que pudiera residir dentro del complejo. Claro está que le habían puesto condiciones, algo que él ya se esperaba: sólo estaba autorizado a permanecer por un tiempo máximo de seis meses. También le habían limitado el espacio por donde podría andar con total libertad: prohibido moverse dentro del Palacio Arzobispal sin ir acompañado de alguien autorizado por el propio Monseñor o por su Secretario; prohibido indagar entre el personal empleado sobre cualquier asunto no relacionado con la novela; prohibido introducir elementos de grabación de imágenes y de sonidos. La autorización únicamente le permitía el alojamiento en el apartamento que le había sido adjudicado, y solo podía utilizar los lugares donde se prestaban los servicios ordinarios, tales como el comedor general, la

cafetería, el salón de lectura y la lavandería; asimismo le estaba permitido pasear con total libertad por los jardines y la zona de pinares, con excepción de un pequeño y discreto jardín, anexo al palacio arzobispal, que utilizaba de forma privada Monseñor. También, y era una condición sin la que no hubiera podido aceptar, podía entrar, sin ninguna restricción, en la gran biblioteca y en el importante Archivo Histórico Diocesano. El bibliotecario o Archivero Mayor, como allí lo llamaban, de nombre Antonio de Castro, sería el encargado de facilitarle los libros o legajos que le fueran necesarios para documentarse sobre la vida de Fray Justiniano y su época y costumbres. Leopoldo Casperano era consciente de que al bibliotecario, seguramente, le habrían dado instrucciones muy concretas y estrictas sobre los documentos que le pudiera entregar o no, pero eso no le iba a echar para atrás; ya trataría él, con habilidad, de conseguir lo que buscaba.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

